

# LOS CUBANOS NO TENEMOS PORQUE ASOMBRARNOS DE DACHAU Y DE LIDICE

**A**hora que la dictadura ha sido abatida y están en fuga, en la cárcel o muertos sus máximos responsables, desfilan como imágenes de pesadilla los hechos vandálicos perpetrados por aquella pandilla de facinerosos que en una madrugada aciaga se habían adueñado por la fuerza del poder. Consterna ver hasta qué punto esa gente vulneraba los más elementales principios de la convivencia humana. Nada sagrado hubo para aquella satrapía grotesca a la vez que trágica. La vida dejó de tener valor tanto en lo físico como en lo moral; la libertad fue sistemáticamente violada; la dignidad de la persona escarnecida. El déspota y su camarilla actuaban como si le República fuese un feudo y ellos los señores de horca y cuchillo que tenían bajo su bota al pueblo.

Durante dos años inacabables la censura impidió que se proclamasen "urbi et orbi" aquellos horrores. Había que leer las hojas clandestinas de la revolución o escuchar las transmisiones de la Radio Rebelde, que llegaron a ser el evangelio cotidiano de la ciudadanía, para estar al tanto de los bárbaros métodos de represión puestos en práctica por el batistato con objeto de sostenerse a todo trance en el poder. Ahora las pruebas y los testimonios durante ese tiempo acumulados están a la vista de todos. Porque es inútil tratar de encubrir el crimen. Las heridas de los mártires son como voces que denuncian aquella salvajada y claman justicia. Ahí están los muertos enterrados sin identificación y cuyos restos aparecen ahora revueltos con la tierra en fosas improvisadas; ahí están los torturados que muestran en sus cuerpos las huellas del suplicio a que fueron sometidos; ahí están los vejados y apaleados por la policía política del tirano; ahí están los que tuvieron que desterrarse para no morir en las garras de los esbirros; ahí están los despojados, los humillados, los vilipendiados, los perseguidos en ellos y en sus familias porque osaban desear para su patria una vida libre, justa y decorosa. Mientras el dictador y su clan saqueaban el tesoro y se repartían la isla como una heredad propia, los matarifes a su servicio se dedicaban, con refinamiento, con sevicia, a torturar y a matar. Era la más perfecta combinación de robo y asesinato que ha conocido la República.

Es increíble que la bestia humana pueda llegar a esos extremos de crueldad. Ni el lobo ni el chacal muestran tanta fiera como el hombre cuando a éste lo ciegan la ambición y la codicia. Tal fue el caso de Batista. Había tomado el poder el 10 de marzo de 1952 por asalto, con el único y exclusivo propósito de entrar a saco en la hacienda pública, de amasar millones a través de los más turbios negocios, aunque ello implicase matar a miles de cubanos, arruinar a la nación y sembrar el caos. Pocas veces en la historia se ha dado un caso tan notorio de insolencia y maldad.

La literatura de la Segunda Guerra Mundial está llena de páginas espeluznantes. Se narran en ellas las atrocidades cometidas por los cuerpos de represión de Hitler. Los

campos de concentración con sus cámaras de tormento, con sus experimentos inhumanos, han quedado para siempre grabados en la conciencia de la humanidad como una demostración de lo que es capaz de hacer un vesánico para satisfacer sus ansias delirantes de dominación mundial.

Pues bien, los cubanos no tenemos por qué asombrarnos de Dachau y de Lidice. También aquí se padecieron esos horrores. También aquí hubo asesinatos en masa, delaciones, torturas, persecuciones sistemáticas, vejamen a la dignidad humana. Y es que formas de gobierno análogas engendran métodos semejantes. En Cuba había implantado Batista un régimen totalitario a imagen y semejanza del hitleriano. Yuguló la voluntad popular, hizo trizas la Constitución, convirtió al Poder Legislativo y al Poder Judicial en instrumentos dóciles de su gobierno, burló al pueblo en dos simulacros de elecciones y se rió grotescamente de todos los esfuerzos que cubanos de buena voluntad hicieron reiteradas veces para hallarle un desenlace sin sangre al drama nacional. No se puede subyugar a un pueblo que ama la libertad como no sea sembrándolo de cadáveres. Batista no vaciló en hacerlo. La vida de sus compatriotas no valía nada en comparación con su empecinada voluntad de poder. Se propuso exprimir la República, sacarle todo su rendimiento en provecho propio y no titubeó ante nada con tal de realizar sus designios. Jamás se había adueñado de la gobernación del país un momento de menos escrúpulos ni de mayor crueldad.

Durante siete años ha padecido Cuba este azote. Las imágenes de ese septenio desfilan como una pesadilla ante nuestros ojos. Todo eso es verdad, aunque parezca mentira. Todo eso ha pasado en una tierra que tiene justa fama de risueña, de civilizada, de amable. Los cubanos llegamos a perder hasta nuestro tradicional buen humor. Ya no era necesario que los comités de Resistencia Civil aconsejasen al pueblo que se abstuviese de toda diversión mientras la juventud se inmolaba en la manigua. El pueblo espontáneamente se retraía porque experimentaba muy en lo hondo el luto de tantos hogares, porque la angustia de la patria era su propia angustia. Las tiranías prolongadas modifican la faz de las naciones; lo que no pueden modificar, lo que permanece intacto a despecho de todas las represiones deformadoras, es el heroísmo que vibra en la entraña del pueblo. Con él no contó Batista. Fue ese heroísmo, personificado en la Sierra Maestra y en las montañas del Escambray, el que salvó a Cuba.

Esto nos conforta en medio del desolado panorama que el despotismo ha dejado como toda herencia a las nuevas generaciones. El heroísmo y el espíritu de sacrificio demostrados en la lucha tienen que prolongarse y perseverar en la paz. Como muy bien ha dicho Fidel Castro, es ahora cuando empieza la etapa más difícil de la revolución, la etapa constructiva. Porque la revolución no es algarada ni mucho menos anarquía. La revolución es un orden nuevo,

(Continúa en la Pág. 121)